

El legado académico de Henry Pease y su importancia para la historia peruana

GONZALO ROMERO SOMMER*

La comprensión de la realidad política y las instituciones a través de las cuales aquella se expresa debería ser la principal preocupación del peruano. Esto no solo se aplica al peruano promedio, sino también a aquel cuyo oficio o trabajo le exige hacerlo. Es justamente a esta tarea, ciertamente compleja y no siempre apreciada, a la que Henry Pease le dedicó su vida y obra académica. Desde su análisis sociológico y político del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, el fujimorismo, hasta la transición democrática del año 2000, su propósito siempre fue analizar las contradicciones internas, las tendencias ideológicas, las tensiones políticas y el entorno global que afectaron a los gobiernos peruanos, y entender así que, lejos de ser procesos monolíticos, fueron procesos heterogéneos y que justamente por esas razones han dejado legados que no siempre son fáciles de categorizar como meramente positivos o negativos.

Su participación política, sobre la cual no deseo profundizar demasiado en este ensayo —otros que vivieron y militaron dichos años con Henry podrán narrar aquella fase de su vida mejor que yo—, fue consistente con las ideas que presentó desde la academia. Si bien es cierto que esa misma participación política lo alejó de la vida académica por momentos, también influyó inevitablemente en ella cuando la retomó. Podría así explicar el régimen político del cual él, por momentos, fue parte y, por otros más largos, fue de oposición.

Retrocedamos a 1977, año en el cual Henry escribe su primera y más famosa obra, *El ocaso del poder oligárquico*. El título de por sí ya presagia una historia de carácter épico: explicar el final de un sistema de dominación político que había existido en el Perú desde los días de la República Aristocrática y por qué fue un régimen militar el que tuvo que ponerle un violento fin. Tomando en cuenta el año en el cual fue publicado, el contenido de *El ocaso del poder oligárquico* es poderoso y controversial, a diferencia de la mayoría de los trabajos publicados hoy en día en el Perú. Aquel Gobierno militar, el cual llegó al poder a través de lo que fue considerado el primer «golpe institucional» de las Fuerzas Armadas en el Perú, era visto como homogéneo, aparentemente emitiendo decretos con

* Estudiante del doctorado en la Universidad Stony Brook, Estados Unidos.

la aprobación unánime de todos sus miembros¹. Sin embargo, Henry nota rápidamente la heterogeneidad del Gobierno militar: el régimen era plagado por divisiones internas. Progresistas, conservadores y moderados, todos en el seno del Gobierno luchaban para encaminar la «revolución» por el camino que ellos consideraban el correcto. Asimismo, al contradecir al marxismo clásico, Henry destaca la autonomía relativa del Estado controlado por las Fuerzas Armadas. El interés y conocimiento del gobierno militar que Henry tenía no solo partía de su perspicacia al momento de analizar las instituciones del país, sino también tenía un elemento mucho más personal. Su padre fue marino e incluso formó parte del Gobierno militar de 1962-1963. Por la admiración que tenía, prestó gran interés a las actividades institucionales de su padre.

Las divisiones dentro del Gobierno Revolucionario se volvieron obvias con la caída de Velasco y el ascenso de Morales Bermúdez al poder. La naturaleza de este nuevo régimen es magistralmente narrada en su segunda obra, *Por los caminos del poder*, un libro que debe acompañar a *El ocaso del poder oligárquico*. La llamada «segunda fase» del Gobierno militar intenta presentarse como la continuación del Gobierno nacionalista, pero decae rápidamente (tanto por razones económicas y políticas), al punto que empieza a tener similitudes con sus contrapartes del cono sur, de los cuales no hay elementos progresivos o nacionalistas que resaltar.

Dentro de sus análisis del Gobierno militar, se debe hacer una mención especial al libro *Estado y política agraria*, editado por Henry en el año 1977 y en el cual contribuye con su ensayo «La reforma agraria peruana en la crisis del Estado oligárquico». Recordemos que en 1977 la reforma agraria aún no había sido detenida por el Gobierno militar. Este artículo es importante por dos razones: primero, porque presenta un recuento histórico de los intentos previos de reforma agraria en el Perú (concentrándose especialmente en el segundo gobierno de Manuel Prado y el primer gobierno de Fernando Belaunde), explicando cómo la terquedad de la oligarquía hizo que estos intentos fracasaran y que finalmente fuesen llevados a cabo a la fuerza por el Gobierno militar. Esto es algo que aún no es entendido por la mayoría de la clase política peruana que sigue viendo el proceso con cierta miopía. En segundo lugar, como ya hemos mencionado, el ensayo es escrito en un momento en el cual todavía se debatía la continuación de esta y otras reformas. Henry argumenta que una vez empezada, la reforma no debía ser detenida, pues más allá de los problemas

¹ Si bien el golpe de 1968 es visto como un golpe institucional, Henry argumenta, correctamente, que el golpe de 1962 fue tan institucional como el de Velasco, si es que no más. Sin embargo, su corta duración y carácter moderado hacen que se le preste mucha menos atención que a los eventos subsecuentes.

inherentes a la misma, no continuarla habría representado un fracaso mayor. Cabe mencionar que Morales Bermúdez le puso un fin abrupto a la reforma un año después.

El libro sobre la reforma agraria ofrece una excusa apropiada para mencionar a Desco, la organización no gubernamental de la cual Henry fue director durante estos años, que publicó no solo aquel libro, sino los mencionados anteriormente y otros que aludiremos más adelante. A diferencia de otras organizaciones de la sociedad civil, Desco prioriza el análisis de los procesos políticos que estaban afectando la nación. Usemos una vez más la reforma agraria como ejemplo. Desco buscaba entender las realidades políticas de llevar a cabo la reforma, analizando las diferentes posiciones dentro del Gobierno que, como ya hemos mencionado, estaban lejos de ser homogéneas. Esto también puede verse reflejado en la publicación de la *Cronología política* de Desco, cuyo equipo de investigación fue dirigido por el mismo Henry, que abarca desde 1968 hasta 1980. Para cualquier historiador interesado en los eventos políticos de aquellos años, recurrir a estos tomos es prácticamente una obligación. Pero Desco también es importante por otras razones. Fue un espacio de articulación de académicos de izquierda, de reflexión de la sociedad, importante para las ciencias sociales y especialmente para la ciencia política, pero también buscaba inspirar al militante, conectando así la teoría con la práctica. En otras palabras, en Desco el trabajo no se trataba solo de recolección de datos y análisis teórico, sino también de utilizar esa producción académica para intervenir en la sociedad.

Es con Desco que Henry edita el libro *Mitos de la democracia*, que busca establecer un diálogo entre la izquierda y la democracia en un momento crítico de la historia peruana: la asamblea constituyente del año 1978, que dio inicio a la transición democrática y puso fin a la dictadura militar. Aquellos familiarizados con la historia de la izquierda peruana, sabrán que hasta la década de 1970, la mayoría de sus miembros tendió a optar por la vía revolucionaria, considerando a la democracia liberal como un régimen burgués que en realidad tenía poco de auténticamente democrático. En esta obra, Henry llega a dos importantes conclusiones: por un lado, que la izquierda peruana debía abandonar el camino revolucionario para llegar al poder y participar en el proceso democrático (conclusión que desafortunadamente no fue aceptada por un sector de la izquierda peruana, con consecuencias trágicas)². Pero también

² Este debate es particularmente importante, dado que el producto de la Asamblea constituyente de 1978 fue la constitución de 1979, donde por primera vez se le otorga el voto universal a los peruanos.

deja en claro que la democracia no es un «cheque en blanco» para aquellos en el poder, algo que quizá la mayoría de peruanos, independientemente de su posición ideológica, aún no logra asimilar.

Este debate sobre el papel de la izquierda nos permite hablar brevemente del rol que Henry jugó en la formación de la Izquierda Unida, dentro de cuya cúpula él era una de las voces más importantes. También cabe destacar que en este espacio él rescata la importancia de la sociedad civil, es decir, no tienen que ser militantes, se busca aceptar a «compañeros de ruta» (entre ellos a académicos). Siguiendo las ideas postuladas en *Mitos de la democracia*, Henry aboga que la izquierda debe participar en las elecciones y que la unidad de la misma es necesaria para tener cualquier grado de éxito. Es decir, todos pueden seguir la línea que deseen, siempre y cuando sea dentro de los arreglos institucionales de la democracia. No deseo profundizar demasiado en la conformación de la IU, proceso complejo y doloroso; acá solo me limitaré a mencionar cómo llegó esto a influir en su producción académica, pues lograr que todas las posiciones divergentes de la izquierda peruana llegaran a un consenso —y estas posiciones parecían ser infinitas— supuso un esfuerzo al cual Henry dedicó todo su tiempo. Pero es justamente gracias a este proceso que Henry empieza a desarrollar su valoración de la tolerancia como una parte esencial de la democracia. Percatándose de las concesiones que cada partido debía hacer para formar parte de la alianza, pronto se percataría también que esas mismas concesiones debían hacerse con otros partidos del espectro político.

Era inevitable que a medida que crecía su rol político en Izquierda Unida durante esos años, su producción académica decreciera. Pero no desapareció por completo, puesto que las inquietudes de Henry siempre lo llevaron a analizar el régimen político. Y es justamente lo que hace durante la década de 1980 a través de la publicación de varios estudios a través de Descó. Por ejemplo, en *A un año del segundo belandismo, un perfil del proceso político peruano*, explica las complejidades de la transición democrática y busca analizar una vez más la naturaleza del régimen político. Deja claro que la transición democrática no implica el distanciamiento político de la fuerza armada y que bajo la nueva constitución retiene demasiados poderes. Analiza muy perspicazmente los primeros intentos de implantar el neoliberalismo en el Perú bajo el Gabinete Ulloa y los problemas de la deuda externa que ya empezaban a asomar. Hace lo mismo para el gobierno aprista pocos años después con *Democracia y precariedad bajo el populismo aprista*, en 1988, criticando la «personalización» de la política peruana y los llamados «balconazos», que aunque Henry admitía eran útiles y simbólicos, no eran para hacer política verdadera. Todo esto nos es familiar

hoy en día, pero demostraban la habilidad de Henry de poder leer, ya entonces, el momento político con particular claridad.

Aunque el golpe de 1992 no implicó su desaparición de la escena política, los años del fujimorismo presentaron nuevos desafíos para Henry. Sabemos que su participación en el Congreso Constituyente Democrático lo alejó de sus antiguos compañeros de izquierda, que decidieron abstenerse de aquel proceso. Pero para Henry, quien sabía que la política es en parte como la física, donde «un espacio vacío será llenado por otros», decidió que el CCD era un foro importante para combatir la dictadura. Quienes no lo crean así, deberían reconocer su valiente intervención en el caso La Cantuta, sobre la cual se puede leer en *Remando a contracorriente* de 1995. Pero en cuanto a su producción académica durante esta época, se debe mencionar *Los años de la langosta*, publicado un año antes. No solo busca entender por qué ocurre el golpe de 1992, sino por qué toma la forma que adoptó. Para Henry, el fujimorato era la respuesta pendular al velasquismo; el Estado neoliberal, la respuesta al Estado intervencionista. Como suele ocurrir en la política peruana, en vez de optar por un camino intermedio, la escena política se fue hacia los extremos. Finalizada la dictadura y llegado el nuevo siglo, su producción académica vuelve a tomar fuerza. Acá encontramos algunas de sus obras más importantes, tales como *Así se destruyó el Estado de derecho* (2000) y *La autocracia fujimorista. Del Estado intervencionista al Estado mafioso* (2003). La segunda de estas dos obras es de particular interés, pues claramente Henry se acerca más a la ciencia política y deja de lado la sociología, cambio que será de suma importancia durante los últimos años de su vida.

Finalizando esta etapa política se debe mencionar *Por los pasos perdidos. El Parlamento peruano entre el 2000 y 2006*. Al igual que en 1978, trata de explicar una nueva transición democrática, pero, más importante aún, cómo funcionaba el Congreso. Acá recurre a la idea de la tolerancia, de la necesidad de los acuerdos y de la negociación, reforzada por los duros años del fujimorismo. No siempre se obtenían los resultados que se deseaba. Quizás el mejor ejemplo, y el más triste para él, fue el tema de la reforma constitucional. Es durante este último paso por el Congreso que la reforma llegó más lejos. Recordemos que en las elecciones de 2006, Alan García hace tímidas promesas de regresar a la Constitución de 1979, pero con su llegada al poder, como suele ocurrir con la mayoría de los políticos peruanos, da marcha atrás.

Quisiera finalizar este corto ensayo mencionando los últimos años de su vida. En su habitual columna del diario *La República*, Eduardo Dargent escribió muy elocuentemente sobre Henry y el difícil cambio de la política

hacia la vida puramente académica, un cambio por el cual Henry tuvo que pasar en el año 2006. Henry, quien había enfrentado tantos desafíos durante su vida, personales como políticos, logró no solo enfrentar este nuevo desafío, sino aprovecharlo al máximo. Al tomar a su cargo la Escuela de Gobierno y Políticas Públicas de la PUCP, su producción académica volvió a ser imparable y editó numerosos libros que, una vez más, trataban de entender la realidad política del país. Es durante estos años que yo tuve el privilegio de conocerlo. Él tuvo la generosidad de ofrecerme escribir junto a él *La política en el Perú del siglo XX*.

A medida que me explicaba el proyecto, para ambos quedó claro que el libro debía cumplir una función fundamental: unir teoría política e historia peruana. Desde su llegada a la Escuela de Gobierno, se percató rápidamente que los estudiantes aprendían teorías desarrolladas en otros continentes, en otras realidades, y que su aplicación en el Perú, aunque no imposible, debía ir acompañada de un conocimiento de la realidad peruana. Trabajar con él fue una experiencia difícil de describir. Él era ya un académico establecido y respetado, pero mostraba el entusiasmo de quien está escribiendo su primer libro. No era raro recibir una llamada suya en avanzadas horas de la noche para aludir a algún detalle o un pequeño cambio que mejorara sustancialmente el libro. Dado su frágil estado de salud, este entusiasmo era aun más inspirador. El impacto para mí fue determinante: me llevó a tomar la decisión de dedicar mi carrera al estudio de la historia peruana de este periodo.

Baste decir que en dicho libro logró sintetizar todas sus ideas sobre la segunda mitad del siglo XX, pero también explorar nuevos campos, como la primera mitad del mismo. Su conocimiento enciclopédico de la historia peruana le permitía trasladar con impresionante claridad lecciones del pasado al presente, así como imaginar escenarios que potencialmente podían aparecer, o no, en base a toma de decisiones que, a la vez, podían ser ignoradas por otros académicos al considerarlas poco importantes. Estoy, debido a todo ello, profundamente agradecido de haber podido participar con él en la que fue su última obra.

Tuve la suerte de ver a Henry por última vez un día antes de partir al extranjero a comenzar mis estudios de doctorado. Al siguiente día de mi llegada a los Estados Unidos, recibí la triste noticia de su fallecimiento. Con su muerte no solo perdí a un gran amigo y mentor, sino que el Perú perdió a un académico de excelencia y a uno de sus políticos que siempre se caracterizó por una irrenunciable determinación y profunda fe en sus propósitos de vida y obra. Pocos podrán decir que dejaron un legado tan valioso y trascendente como el suyo.